

Agatha Christie®

Una serie de crímenes
llevará a **POIROT** a un
selecto **INTERNADO**



UN GATO EN EL
PALOMAR

AGATHA CHRISTIE

UN GATO EN EL PALOMAR


ESPASA

Cat Among the Pigeons © 1959 Agatha Christie Limited. All rights reserved.

AGATHA CHRISTIE, POIROT and the Agatha Christie Signature are registered trademarks of Agatha Christie Limited in the UK and elsewhere. All rights reserved.

www.agathachristie.com

Agatha Christie Roundels Copyright © 2013 Agatha Christie Limited. Used with permission.

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño

Ilustraciones de la cubierta: © Ed

Agatha Christie[®]

Traducción de Francisco Abril © Agatha Christie Limited. All rights reserved.

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Por esta edición:

Espasa Libros, 2024

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Publicado de acuerdo con Grupo Planeta Argentina S.A.I.C.

Primera edición: junio de 2024

ISBN: 978-84-670-7406-2

Depósito legal: B. 8.427-2024

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Egedsa

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



1

REVOLUCIÓN EN RAMAT

U nos dos meses antes del primer día del último trimestre del curso en Meadowbank tuvieron lugar determinados sucesos que repercutirían en la vida de aquel renombrado internado femenino.

Descansando en uno de los aposentos del palacio de Ramat, dos jóvenes fumaban mientras consideraban el futuro más inmediato. Uno de ellos, moreno, con una faz tersa y aceitunada y unos grandes ojos de mirada melancólica, era el príncipe Alí Yusuf, heredero del jeque de Ramat, Estado que, si bien diminuto, era uno de los más ricos de Oriente Medio. El otro joven era pelirrojo y pecoso, y no tendría ni un penique si no fuera por la bonita asignación que le pasaba el príncipe Alí Yusuf en calidad de piloto privado suyo.

A pesar de la diferencia de posición, se trataban de igual a igual. Los dos se habían educado en el mismo colegio y desde entonces no dejaron de considerarse íntimos amigos.

—Nos dispararon, Bob —aseguró el príncipe Alí, resistiéndose a creerlo.

—Sí, nos dispararon a dar —repitió Bob Rawlinson.

—Se habían propuesto derribarnos.

—Eso es lo que pretendían los muy bastardos —aseveró Bob con voz lúgubre.

Alí consideró por un momento:

—¿Merecería la pena intentarlo de nuevo?

—Puede que esta vez no tuviéramos tanta suerte. La verdad es, Alí, que lo hemos dejado todo para última hora. Hace ya dos semanas que deberíamos haber huido, como te aconsejé.

—No es muy grato escapar así... —dijo el gobernante de Ramat.

—Me hago cargo de tu punto de vista. Pero recuerda que Shakespeare o uno de esos poetas dijo que los que huyen salvan su vida para poder luchar otro día.

—Cuando pienso en el dinero que se ha ido en transformar este reino en un Estado próspero... —reflexionó con sentimiento el joven príncipe—. Sanatorios, escuelas, servicios de asistencia médica...

Bob Rawlinson le interrumpió:

—¿No podría hacer algo la embajada?

Alí Yusuf enrojeció airadamente.

—¿Refugiarme en tu embajada? Eso nunca. Los extremistas, con toda seguridad, asaltarían el edificio; no respetarían la inmunidad diplomática. Además, si llegara a hacer eso, sería el fin. Ya tengo bastante con que la principal acusación en mi contra sea la de prooccidental. —Exhaló un quejido—. ¡Es tan difícil comprenderlo! —Sus palabras sonaron anhelantes, dando la sensación de ser más joven de los veinticinco años que tenía—. Mi abuelo fue un hombre cruel, un auténtico tirano. Tenía centenares de esclavos y los trataba de una manera despiadada.

»En sus guerras contra las tribus que le eran hostiles mataba a sus enemigos sin compasión, y los hacía ejecutar de la manera más horripilante. El mero susurro de su nombre hacía que todo el mundo palidiera. Y, sin embargo, continúa siendo un personaje de leyenda, admirado y venerado. ¡El gran Achmed Abdullah! Pero yo... ¿Qué es lo que he hecho yo? Edificar hospitales y colegios, proporcionarles bienestar, construirles viviendas y todas esas cosas que dicen que el pueblo necesita. ¿Es que no las quieren? ¿Acaso preferirían un régimen del terror como el de mi abuelo?

—Me temo que es eso —replicó Bob Rawlinson—. Parece un poco injusto, pero es así.

—Pero ¿por qué, Bob? ¿Por qué?

Bob Rawlinson suspiró y se retorció en el diván, haciendo un esfuerzo por explicar lo que sentía. Tenía que vencer su falta de fluidez verbal.

—Bueno —empezó—. Supongo que será porque montó un espectáculo. Él era un tipo, digamos..., dramático, si entiendes mi comparación.

Contempló de frente a su amigo, quien, y era algo evidente, no tenía nada de dramático. Era un chico delicado, plácido, sencillo... Correcto, decente... Así era así, y a Bob le gustaba por eso. Ni pintoresco ni impetuoso. Y si bien en Inglaterra los tipos pintorescos e impetuosos causan perplejidad y no son muy queridos, Bob estaba más que seguro de que era diferente en Oriente Medio.

—Pero la democracia... —empezó a decir Alí.

—¡Oh! La democracia... —Bob ondeó su pipa en el aire—. Eso es algo que significa cosas distintas en todas partes pero estoy muy seguro de que nunca significa lo que originariamente dieron a entender los griegos.

Apuesto lo que quieras a que, si logran darte la patada, surgirá algún mercachifle exaltado que tome las riendas del poder vociferando sus propias alabanzas, divinizándose a sí mismo y ahorcando o desollando a cualquiera que ose disentir de él en cualquier aspecto. Y, fíjate en lo que te digo, él llamará al suyo «un gobierno democrático»... Del pueblo y para el pueblo... Y espero que, además, al pueblo le encante todo eso. Será excitante para ellos. ¡Sangre a torrentes!

—¡Pero no somos salvajes! Hoy en día somos una sociedad civilizada.

—Hay diferentes tipos de civilización —explicó vagamente Bob—. Además, yo me inclino a creer que todos nosotros albergamos un poquito de salvajismo en nuestro interior y le damos rienda suelta si conseguimos una excusa verosímil.

—Es posible que estés en lo cierto —contestó Alí sombríamente.

—Lo que al parecer no desea hoy el pueblo en ninguna parte es un gobernante que posea una dosis mínima de sentido común. Yo no he sido nunca un tipo con mucha cabeza, que digamos... ¡Bueno!, eso lo sabes tú de sobra, Alí... Sin embargo, a veces pienso que es la única cosa que hace falta en el mundo... Solo una pizca de sentido común. —Apartó la pipa a un lado y se enderezó en el diván—. Pero no tienes por qué preocuparte de eso ahora. Lo que importa es cómo voy a sacarte de aquí. ¿Hay alguien en el ejército en quien puedas confiar ciegamente?

El príncipe Alí negó con la cabeza, apesadumbrado.

—Hace dos semanas te habría contestado que sí, pero hoy lo ignoro... No puedo estar seguro...

Bob asintió.

—Eso es lo que me sabe peor. Y en cuanto a este palacio tuyo, me da dentera.

Alí mostró su aquiescencia sin dejar entrever emoción alguna.

—Sí. En los palacios hay espías por todas partes. Lo escuchan todo. Se enteran de todo.

—Incluso en los hangares —lo interrumpió Bob—. El viejo Achmed, por el contrario, no era de esos. Tiene una especie de sexto sentido. Sorprendió a uno de los mecánicos trasteando a escondidas por la avioneta... Precisamente uno de los hombres en quien siempre habíamos depositado nuestra más absoluta confianza. Mira, Alí, si vamos a jugarlos el todo por el todo para sacarte de aquí, tendrá que ser pronto.

—Ya lo sé... Ya lo sé... Creo que... Ahora mismo, estoy plenamente convencido de que si me quedo, me matarán.

Lo dijo sin emoción ni pánico de ninguna clase; más bien con una ligera indiferencia.

—De todos modos, el peligro de muerte al que tenemos que enfrentarnos es grande —le advirtió Bob—. Hemos de ir rumbo al norte, como sabes. Así no podrán interceptarnos. Pero eso implica volar sobre las montañas..., y en esta época del año... —Se encogió de hombros—. Debes comprenderlo. Es más que peligroso.

Alí Yusuf pareció acongojarse.

—Si algo te ocurriera, Bob...

—¡Oh...! No te preocupes por mí, Alí. No lo he dicho pensando en mí. Yo no cuento. Y, de todos modos, soy el tipo de individuo que, con toda seguridad, terminan matando tarde o temprano. Me paso la vida jugándome el

pellejo. No, se trataba de ti... No quiero persuadirte para que tomes una decisión o la contraria. Si una parte del ejército te es leal...

—No me convence la idea de huir —dijo Alí con sinceridad—. Pero tampoco quiero ser un mártir y que me descuarticen. —Guardó silencio unos instantes—. Está bien —afirmó finalmente soltando un suspiro—. Lo intentaremos. ¿Cuándo?

Bob se encogió de hombros.

—Cuanto antes, mejor. Tienes que llegar al aeródromo sin levantar sospechas. ¿Qué te parece decir que vas a inspeccionar las obras de construcción de la nueva carretera de Al Jasar? Un antojo repentino. Ve a primera hora de la tarde; entonces, cuando tu coche pase por el aeródromo, detente allí. Yo tendré la avioneta dispuesta y todo previsto. El pretexto será que vas a ir a supervisar la construcción de la carretera desde lo alto, ¿comprendes? Despegamos y nos quitamos de en medio. Ni que decir tiene que no podremos llevar equipaje alguno, tiene que parecer todo completamente improvisado.

—No hay nada que desee llevarme conmigo, a excepción de una cosa...

El príncipe sonrió y de pronto la sonrisa alteró la expresión de su rostro imprimiéndole una personalidad diferente. Dejó de ser el moderno y concienzudo joven de ideas occidentales. En su sonrisa se vislumbraban toda la destreza y la astucia de etnia que habían permitido sobrevivir a una larga lista de antepasados suyos.

—Tú eres mi amigo, Bob. Mira aquí...

Se metió la mano por dentro de la camisa y palpó hasta que consiguió extraer una bolsita de ante que alargó a Bob.

—¿Qué es esto? —Bob frunció el ceño, perplejo.

Alí la atrajo hacia sí de nuevo, la desató y vació su contenido encima de la mesa.

Bob contuvo la respiración por un momento, expulsando enseguida el aliento con un tenue silbido:

—¡Santo Dios! ¿Son de verdad?

A Alí esa pregunta le pareció graciosa.

—¡Pues claro que lo son! La mayoría de ellas pertenecieron a mi madre. Todos los años adquiría piedras nuevas. Yo también lo he seguido haciendo. Proceden de muchos lugares diferentes; nuestra familia se las compró a hombres en quienes podíamos confiar. Se adquirieron en Londres, Calcuta, Transvaal... Es tradición familiar llevarlas encima en caso de emergencia. —Hablando en tono más optimista aseguró—: Están tasadas al cambio actual en tres cuartos de millón de libras, aproximadamente.

—¡Tres cuartos de millón de libras! —Bob abrió los ojos como platos, cogió las piedras y las dejó correr entre sus dedos—. ¡Son fantásticas! Igual que un cuento de hadas. Le transforman a uno.

—Sí —asintió el joven príncipe. De nuevo apareció en su rostro aquella milenaria expresión abrumada—. Los hombres se vuelven otros cuando hay joyas de por medio; siempre dejan tras de sí un reguero de violencia: muertes, derramamientos de sangre, asesinatos. Las mujeres se vuelven aún peores. Porque ellas no consideran solamente el valor de las joyas, sino algo relacionado con las joyas en sí. Las mujeres pierden la cabeza por unas joyas bonitas. Desean pasearlas, llevarlas colgadas alrededor del cuello, sobre el pecho. Yo estas no se las confiaría a ninguna mujer. Pero voy a confiártelas a ti.

—¿A mí? —Bob lo miró de hito en hito.

—Sí. No quiero que caigan en manos de mis enemigos. Ignoro cuándo tendrá lugar el alzamiento en mi contra; puede que esté urdido para hoy mismo. Tal vez no viva ya esta tarde para poder llegar al aeródromo. Hazte cargo de las piedras y procede en todo como mejor te parezca.

—Pero, no lo entiendo. ¿Qué es lo que debo hacer con ellas?

—Apáñatelas para conseguir que salgan del país de forma segura —indicó Alí, fijando plácidamente la mirada en su amigo, que seguía turbado.

—¿Quieres decir que prefieres que las lleve yo encima en vez de llevarlas tú?

—Así es. Pero, en realidad, creo que serías capaz de discurrir algún plan ingenioso para lograr que lleguen a Europa.

—Pero escucha, Alí: no se me ocurre la menor idea de cómo hacer semejante cosa.

El príncipe se recostó en el diván. Sonreía tranquilamente con aire divertido.

—Tienes sentido común. Y eres honrado. Y recuerdo que en los días en que fuimos compañeros de fatigas tenías para todo una ocurrencia ingeniosa. Te daré el nombre y la dirección de un individuo que se encarga de gestionarme estos asuntos..., por si acaso yo no sobreviviera. No pongas esa cara de angustia, Bob. Hazlo como mejor puedas. Es todo lo que te pido. No te culparé si fracasas. Será la voluntad de Alá. En cuanto a mí respecta, es muy sencillo. No quiero que ultrajen mi cadáver para robar esas piedras. Por lo demás... —Se encogió de hombros—. Ya te lo he dicho: todo saldrá según la voluntad de Alá.

—¡Estás chiflado!

—No. Soy fatalista. Eso es todo.

—Mira, Alí, acabas de decir que soy honrado, pero tres cuartos de millón..., ¿crees que podrían minar la honradez del hombre más íntegro?

Alí Yusuf dedicó a su amigo una mirada de afecto.

—Sea como sea —concluyó—, nunca desconfiaría de ti.